

2017

Doña Bárbara como ficción política en el imaginario venezolano: una perspectiva diacrónica

Daniel Raso
Temple University

Follow this and additional works at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular>



Part of the [Latin American Literature Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Raso, Daniel (2017) "Doña Bárbara como ficción política en el imaginario venezolano: una perspectiva diacrónica," *Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture*: Vol. 2 : Iss. 1 , Article 1.

Available at: <https://trace.tennessee.edu/vernacular/vol2/iss1/1>

This article is brought to you freely and openly by Volunteer, Open-access, Library-hosted Journals (VOL Journals), published in partnership with The University of Tennessee (UT) University Libraries. This article has been accepted for inclusion in Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture by an authorized editor. For more information, please visit <https://trace.tennessee.edu/vernacular>.

***Doña Bárbara* como ficción política en el imaginario venezolano:
una perspectiva diacrónica**

Doña Bárbara se estructura a través de dos grandes personajes: la protagonista de la obra homónima y el ‘civilizado’ Santos Luzardo. Vistos de forma antagónica, se contraponen la una al otro y dan así a conocer al lector la diatriba histórica en la que se encuentra Venezuela según su autor Rómulo Gallegos: la barbarie (representada por el dictador del momento, Juan Vicente Gómez) y la civilización (encarnada en los líderes de las protestas estudiantiles de 1928).

El propósito de este trabajo va a consistir en presentar el constructo sociológico, político y cultural que proyecta esta obra venezolana, es decir, el proyecto nacional, además de su repercusión en el devenir político del país. Para ello, me voy a fijar en aspectos esenciales de la obra, como son la educación, la raza o la cuestión de género, además de la ideología positivista que subyace en su producción. Sin embargo, me gustaría comenzar con la posición de *Doña Bárbara* en el canon cultural de este país latinoamericano.

Las preguntas que voy a establecer a este respecto son las siguientes: ¿qué condicionó la pronta canonización de *Doña Bárbara*? ¿Se debe a cuestiones estéticas, o aparecen otros elementos en la historia que obedecen a una ideología que busca imponerse? Para comprender primero estas preguntas me voy a remitir al sociólogo Pierre Bourdieu, quien, en su libro *The Field of Cultural Production*, explica cómo se institucionaliza el mercado del arte. Por un lado, el pensador francés entiende que existe desde mitades del siglo diecinueve una relativa autonomía en la validación del arte por parte del propio campo artístico, el cual está asimismo formado por los distintos agentes artísticos, pero también señala que esta validación interna no opera en el vacío, sino que entra en contacto socialmente con la relación de poder entre clases

(Bourdieu 141-2). En el caso de *Doña Bárbara*, se puede decir que su canonización procede de dos fuentes de poder simbólico: en primer lugar, su éxito en Europa tras ser publicada en Barcelona en el año 1929, y seguida o simultáneamente, la apropiación del personaje de Santos Luzardo por parte de la llamada generación del 28. Sin lugar a dudas, el éxito internacional de la obra, finalizada por Rómulo Gallegos durante su exilio en España, tuvo eco dentro de la misma Venezuela, particularmente en esta época, cuando una incipiente clase media se empezaba a hacer notar en el país. De hecho, sus protestas acabaron cristalizando en las revueltas estudiantiles de 1928, razón por la cual se conoce a dicha generación.

Volviendo, con todo, a la pregunta inicial, Doug Yarrington también se pregunta por qué *Doña Bárbara* consiguió convertirse en la obra más reconocida del canon nacional. Aunque admite que es debido parcialmente a la metáfora de lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, la cual es contemporánea a la publicación de *Doña Bárbara*, también sugiere que los activistas políticos se podían sentir identificados con Santos Luzardo más fácilmente que con protagonistas de otras novelas del mismo autor (85), pues el personaje propone erigirse en una figura reformadora en el llano.

A modo de resumen sobre esta cuestión introductoria, cabe decir que en esta época —finales de los años veinte— se da en Venezuela una extraña confluencia de realidad y ficción. La publicación del libro y su consiguiente éxito confluyen con la disidencia política de la clase reformista venezolana. En lugar de un manifiesto, resulta ser una novela regionalista la que sienta las bases políticas del porvenir del país. Además, la crítica directa al dictador del momento a través del personaje de *Doña Bárbara* propicia la utilización de la dicotomía civilización/barbarie para presentar a las fuerzas disidentes como positivas y al dictador como

rémora del pasado. En otras palabras, la novela de Rómulo Gallegos actúa como espejo de la realidad venezolana con el añadido ideológico del propio escritor.

Es ahora el momento de desgranar el aparato ideológico de la novela en los aspectos que mencioné al comenzar este trabajo. Así, voy a establecer una relación entre la ideología positivista de aquel tiempo y el proyecto que nacional que se introduce en *Doña Bárbara*. Siguiendo esta tesis, Emmanuele K.F. Oliveira define el positivismo de esta manera: “Los ideólogos positivistas juzgaban identificar y diagnosticar los males de sus respectivos países, recomendando recetas que pudieran poner la sociedad latinoamericana en marcha segura a la evolución” (81). El positivismo, inspirado en las teorías de Auguste Comte, fundador de la sociología, observaba el mundo de suerte que coloca la ciencia como motor de la sociedad y dicho conocimiento como la etapa final en el desarrollo humano. Asimismo, esta tesis progresista estaría basada en datos empíricos y en el análisis objetivo de la realidad a través de una conducta observable.

En el contexto histórico que concierne a la producción de *Doña Bárbara*, existió un sociólogo venezolano, Laureano Valenilla Sanz, que no sólo acogió las ideas de Comte, sino que añadió “la idea de evolución organicista de Spencer [quien acuñó la frase *the survival of the fittest*], y una dosis de darwinismo social” (83). Este sociólogo trabajó para el dictador Juan Vicente Gómez, formando así parte de su círculo intelectual al servicio del poder. El mismo Laureano Valenilla, en concordancia con estas premisas, recalca “la influencia de la geografía en la constitución de una determinada población (84). Este comentario entra dentro de la ideología positivista, pues el carácter de las personas estaba, en opinión de estos científicos, basado en el medio ambiente donde se desarrollaban. Además, calificaba a la sociedad venezolana de “‘pueblo bajo’ que no está preparado para la democracia” (85). Para evidenciar la necesidad de Juan Vicente Gómez

como la persona ideal para liderar a la masa popular, este sociólogo acuñó la noción del “César democrático”, caracterizado por ser “un hombre sagaz que sabe identificar los problemas nacionales y actúa sobre ellos, destacándose así sobre los demás caudillos por su fuerza personal, visión política y espíritu de oportunidad” (Oliveira 85). Esta noción, perfectamente aplicable a Juan Vicente Gómez —de hecho esta teoría se formula con el dictador ya en el poder— encuentra su paralelo ficcional en *Doña Bárbara*, vista por la resistencia política como un trasunto del dictador.

A través de esta figura política, continuando con Valenilla, se “podrá cambiar la situación de anarquía en que se encuentra el pueblo, imponiéndoles los valores de orden y progreso” (85). La mirada hacia un futuro más científico y menos influenciado por la venalidad humana está siempre en la mira de la ciencia durante esta época; lo curioso es que se sustenten estas ideas progresistas alrededor de una figura que en la actualidad, y dentro del mundo occidental, tiene normalmente connotaciones conservadoras. Eso sí, se ha de tener en cuenta que esta formulación teórica data de antes de las guerras mundiales (1811) y que está sin duda influenciada por la mitificación de la figura independentista de Simón Bolívar, quien también fue un militar y trajo la independencia al país. Este mismo ideólogo asumió su doctrina como bolivariana (Skurski 618), y aunque el propio Juan Vicente Gómez permanecía indiferente a las teorías de su asalariado, admiraba a Simón Bolívar como líder militar y proponente de un fuerte gobierno centralizado (618). Más adelante, retomaré la figura de este militar, precursor del independentismo de Venezuela a principios del siglo diecinueve.

La mayoría de las ideas del sociólogo Valenilla al respecto de este tema, son recogidas en su libro *El democrático*, el cual tiene poco de demócrata si nos atenemos a la definición del propio autor vista desde una perspectiva contemporánea. En esta obra afirma que “la democracia no es

el tipo de régimen político más adecuado para la joven nación” (87), y que el atraso a todos los niveles sociales se debe a una “cultura inferior (el llanero) que se mezcla con otra todavía no moderna (los españoles)” (87-8). Por lo tanto, Valenilla, de acuerdo a su ideología positivista, culpa del atraso a una cuestión racial que impide el progreso. Como solución a este cuerpo social “enfermo”, palabra de gusto positivista, el intelectual venezolano propone una propuesta política “paternalista y conservadora” (88) que “se implanta y se fortalece por la violencia” (86). En efecto, para este autor, la violencia no está reñida con el progreso; por el contrario, se justifica como manera de reproducir “en el campo político la ley natural del más fuerte” (86). Laureano Valenilla defiende pues la toma de poder desde un prisma darwiniano, por quien sin lugar a dudas fue influido.

A la luz de esta información, se puede apreciar el tipo de organismo político que reinó en el país desde 1908 a 1935, cuando finalmente murió el dictador Juan Vicente Gómez. Permanece sin embargo la cuestión de la posición ideológica de *Doña Bárbara*, que hasta el momento solo hemos descrito como una presentación entre los dos personajes principales, Doña Bárbara y Santos Luzardo –barbarie frente a civilización. Para poder dilucidar la verdadera ideología del libro, en contraste con la simplista categorización que acabo de mencionar, voy a fijar mi atención en lecturas que confrontan los análisis tradicionales, como el de Claudette Rosegreen-Williams, quien opta por hacer una lectura contracultural de la famosa obra de Rómulo Gallegos. Al mismo tiempo, mantengo que el posicionamiento de Doris Sommer en relación a la novela, si bien estipula la necesidad de Santos Luzardo, y de Rómulo Gallegos a través de su personaje, de legalizar la situación del llano, no consigue desentrañar los silencios de la novela, aquellos que ocultan la misma ideología positivista que la del mismo Laureano Valenilla. Sin embargo, voy

antes de nada a acotar la noción de la *novela regionalista*, pues así se categoriza la obra *Doña Bárbara*.

Como expuse al comienzo, los silencios de la novela que voy a nombrar circulan en torno a tres temas principales: la raza, el género y la educación, piedras angulares en el proyecto nacional de Rómulo Gallegos. Sin embargo, y antes de desgranar cada uno de estos temas con la ayuda de varios críticos, es importante comentar que hay un aspecto de la novela regionalista que escapa al positivismo y que le es ajeno. Si bien Rómulo Gallegos se acercó al llano para entenderlo y poder consecuentemente describirlo de modo fidedigno en su novela, de acuerdo a la corriente literaria realista, también basada en el positivismo pero sin el componente grotesco del naturalismo, no se alinea completamente a esta corriente –de ahí la mención al regionalismo– porque paralelamente a esta cientifismo realista se suma una idealización de la naturaleza –en este caso del llano– como un aspecto de lo intrínsecamente nacional. Este americanismo anclado en el llanero venezolano se muestra una y otra vez a lo largo de la novela:

El ancho río, el cálido ambiente llanero, de aire y de cordialidad humana. Alguna ceja del palmar allá en el horizonte, tal vez un relincho de caballo salvaje a lo lejos, respondiéndole quizás a un bramido de toro más o menos cimarrón y, por qué no también, cerca de nosotros, un melancólico canto de soisola. El llano es todo eso: inmensidad, bravura y melancolía (Gallegos 12).

No hay que olvidar que *Doña Bárbara*, al igual que *Facundo* en su momento, tiene una intención propagandística de un nuevo régimen que está por venir. De acuerdo a esta premisa, Rómulo Gallegos conjuga los elementos populares del llano con el empirismo positivista que estoy tratando de delinear. Asimismo, y esta vez sí en concordancia con la tesis de Sommer,

Gallegos ofrece parte de su solución para el progreso de Venezuela en la unión matrimonial de Santos Luzardo y Marisela, mediante la cual se establece la alegoría de la ley del llano (288).

El distanciamiento que establezco con respecto a Doris Sommer en lo referente a *Doña Bárbara* radica en que ella se centra casi en exclusiva en el discurso de legalidad que se desprende de la novela, que en nada difiere de la visión de progreso del escritor Rómulo Gallegos. Sin duda, este intelectual venezolano opone las figuras de Doña Bárbara y Santos Luzardo para afianzar las diferencias entre la vieja política del dictador Juan Vicente Gómez y la nueva política disidente, personificada en la revuelta estudiantil que, cabe recordar, sucede anteriormente a la publicación del libro. Con todo, su política racial no dista mucho de la anterior. Para cubrir pues los huecos que Sommer deja, he de retomar los silencios que también forman parte del proyecto nacional, el cual, a primera vista, puede considerarse progresista si nos atenemos al susodicho contraste entre barbarie y civilización, pero cuyos fundamentos no difieren en demasía del ‘Cesarismo democrático’ apuntado por Laureano Valenilla.

Así pues, y en referencia a la noción de raza, debo empezar retomando estereotipos presentes en *Doña Bárbara*, particularmente cuando el narrador se refiere a las coplas llaneras: “Algo de esto lo dejaban traslucir las coplas llaneras, donde el cantador llanero vierte la alegría jactanciosa del andaluz, el fatalismo sonriente del negro sumiso y la rebeldía melancólica del indio” (Gallegos 234). Todas estas razas, de acuerdo a la narración, se asimilan a “la llanura”, la cual es “bárbara pero hermosa” (234). ¿Cuál es pues el elemento común a todas estas razas? Que son bárbaras. Por lo tanto, todas estas razas, a pesar de su hermosura, son enemigas de la civilización y, de este modo, contrarias también al progreso. La pregunta que surge a raíz de esta información, si se sigue la mentalidad del escritor, es la siguiente: ¿Cuál es la receta necesaria para solventar este obstáculo demográfico al progreso? La respuesta subyace en el matrimonio

de Santos Luzardo y la hija de Doña Bárbara, Marisela. El romance fundador de una nueva Venezuela (Sommer 289) se basa en un proceso de mestizaje: “Miscegenation performed the positive role of civilizing rebellious people of color through a process of physical and cultural whitening” (Yarrington 66). Lejos de ser el único aspecto positivo que encontraba en el mestizaje, Rómulo Gallegos también veía esta práctica de unificación racial como una reforma capaz de fortalecer la élite de raza blanca, grupo al que consideraba incapaz de gobernar en las circunstancias referentes a su época (66). A resueltas de estas afirmaciones, se podría argüir que el escritor buscaba la participación en el gobierno de un mayor número de venezolanos, pero también es cierto que esto solo era factible siempre y cuando tuviera lugar este proceso de mestizaje, con el consecuente blanqueamiento de piel.

Por todo esto, se puede concluir que el racismo presente en las teorías de Laureano Valenilla, subyacente a la dictadura de Juan Vicente Gómez, no se diferencia de la propuesta nacional del escritor de *Doña Bárbara*. Con todo, Rómulo Gallegos expone otro condicionante al maridaje entre la mestiza Marisela y el criollo Santos Luzardo. En su lectura de *Doña Bárbara*, Rosegreen-Williams cuestiona la validez del proyecto civilizador por medio de la educación: “This civilizing project has a [double] political undertaking, involving both deculturation and the imposition of the alien hegemonic culture” (287). Esta estrategia del escritor introduce la consabida apropiación del lenguaje popular, el cual es apropiado por la clase burguesa –a la cual pertenece Rómulo Gallegos– gracias a la transformación cultural de Marisela. Esta unión contractual pretende ser reproducida en el país entero para poder así reformar la nación.

Finalmente, el otro componente hegemónico que debe ser puesto en entredicho desde una perspectiva del subalterno, es la dominación del género masculino. En referencia a esta realidad, hay abundante bibliografía –por ejemplo, Herrera Salas y Yarrington–, pero querría detenerme

en cómo se desarrolla la relación entre los dos personajes principales, Doña Bárbara y Santos Luzardo. Este desarrollo implica un contagio de Santos Luzardo en Doña Bárbara y viceversa, pero las implicaciones de las operaciones de cambio en los dos personajes no son equiparables. Mientras Doña Bárbara se reforma hacia el final de la novela, el momento de debilidad de Santos Luzardo en su empresa civilizadora acaba sofocado por una Marisela transmutada que acepta su feminidad.

El momento de rendición a la barbarie más significativo en Doña Bárbara sucede cuando se dispone a disparar a su hija como revancha por no poder poseer a Santos Luzardo y, en el último momento, decide bajar el arma y darse por vencida: “¡Por fin el amor de Asdrúbal, pura sombra errante a través del alma tenebrosa, se reposaba en un sentimiento noble!” (Gallegos 302). Las palabras, que no son de Doña Bárbara sino del narrador, dan a entender que Doña Bárbara acepta su inferioridad respecto a su hija, quien ha aceptado la tutela de un hombre y no ha tratado de empoderarse ella misma. De esta manera se clausura la posibilidad de una mujer emancipada vista desde una óptica positiva; su nombre no ofrece lugar a dudas, ella pertenece a la barbarie, pues además tiene sangre india.

Por otro lado, Santos Luzardo, como todo héroe –pues, aunque no directamente, así introduce el narrador al personaje–, tiene su talón de Aquiles, una desesperación que le hace perder temporalmente su actitud diplomática y por medio de la cual aparece la metáfora del “centauro” (Gallegos 132) con la cual su primo Lorenzo Barquero trató de advertirle del contagio bárbaro del llano. Este defecto, además de resaltar la caracterización amable del personaje, también permite observar el final del “aprendizaje civilizador” (132) de Marisela, quien, a juicio del narrador, se convierte en mujer plena cuando disculpa a Santos Luzardo por una acción violenta cometida anteriormente en la novela: “The narrator goes to great lengths to give Santos credit

and to show how successful he has been in his civilizing project” (Rosegreen-Williams 292). El proyecto educativo no termina hasta que Marisela adopta su posición subalterna respecto a su educador.

A partir de estas manifestaciones sexistas, se trasluce una clara estratificación de roles en la futura sociedad venezolana. Dentro de una ideología binaria sobre el género, prevalece la figura masculina sobre la femenina, es decir, el primero de los géneros lleva a cabo la transformación de la sociedad apoyándose en el progreso, mientras que la mujer se debe someter a los designios masculinos. Para finalizar con este motivo de la novela, querría solamente añadir que Doña Bárbara, otrora temible e inspiradora de gran carácter y determinación, termina siendo sometida al discurso masculino. Encuentro evidencia textual de esta sumisión en el pensamiento de la misma Doña Bárbara: “La subyugaba aquel insólito aspecto varonil, aquella mezcla de dignidad y delicadeza que nunca había encontrado en los hombres que la trataran” (Gallegos 138). Vemos cómo el narrador insinúa al lector que la presencia civilizatoria de Santos Luzardo despierta sumisión en una mujer acostumbrada a superar a otros hombres con un mayor grado de rudeza que la de estos. Santos Luzardo confía hasta tal punto en su masculinidad que no tiene miedo a aparecer afable, y este aspecto despierta el deseo latente de Doña Bárbara de un proceso civilizatorio mediante el cual ella misma podría ser digna de Santos Luzardo. Es decir, Doña Bárbara se proyecta como lo que podría haber sido si hubiera llevado a cabo una transformación sumisa como la de Marisela.

En resumidas cuentas, y para terminar con el aspecto formalista del análisis, Doña Bárbara está caracterizada como una mujer vencida por las fuerzas del discurso fálico y, por lo tanto, la novela es también portadora de una ideología conservadora, que supedita a la mujer al rol servicial ante la omnipresencia del hombre. Sumado este aspecto genérico a la crítica de la

educación racista de la obra, es preciso confirmar que la revolución que propone Gallegos para su Venezuela no es tal, sino que es tan solo una continuación del positivismo de Laureano Valenilla en la nueva etapa política que poco a poco se va abriendo en la nación tras la muerte del dictador Juan Vicente Gómez en 1935.

Una vez he establecido las circunstancias que favorecieron la canonización de *Doña Bárbara* en toda Latinoamérica –a las que quizá se podrían sumar sus múltiples adaptaciones al cine y la televisión– y la ideología imperante tanto en la época de la dictadura de Juan Vicente Gómez como en la misma *Doña Bárbara*, es el momento de analizar la nación venezolana desde una perspectiva histórica. Si esta obra de Rómulo Gallegos –quien llegó a ser presidente de la República, aunque por un corto periodo de tiempo– tuvo una repercusión inigualable en toda la narrativa venezolana, voy a preguntarme acerca de la forma en que el paso del tiempo ha afectado a la obra. ¿Se cumplió el proyecto nacional del escritor? ¿Progresó la nación del modo en que Rómulo Gallegos había imaginado?

Para poder responder a estas preguntas teóricas, voy a demarcar primeramente el concepto de nacionalismo y comunidad imaginada según Eric Hobsbawm y Benedict Anderson, quienes han razonado sobre estas y otras nociones relativas a la ciencia política. Venezuela, independizada de España a principios del siglo diecinueve, se establece pues como nación durante esta época de la mano del militar y estadista Simón Bolívar. Eric Hobsbawm, en su libro *Nations and Nationalism Since 1780*, muestra el desarrollo histórico del nacionalismo. Atendiendo al contexto decimonónico anterior a 1870, este historiador establece la relación entre en la formación de los naciones y el sentir nacionalista: “All nationalism not already identified with a state necessarily became *political*. For the state was the machine which had to be manipulated if a ‘nationality’ was to turn into a ‘nation’, or even if its existing status was to be safeguarded

against historical erosion or assimilation” (96). La población colonial empezaba entonces a configurar un sentimiento patrio que llevaría a la creación de la actual Venezuela. Por lo tanto, el germen nacionalista existía, pero como este no se veía reflejado en un aparato de Estado, el movimiento político independentista comenzó a crecer.

Si bien la lengua no fue un factor significativo en la necesidad de independencia de Venezuela, el descontento por la manera en que todo estaba dirigido desde la nación española inspiraba a un independentismo cada vez más combativo. Los problemas que España tenía en terreno europeo con la invasión napoleónica también debilitaron esta nación y facilitaron el proceso independentista de Venezuela. En cualquier caso, y en concordancia con las palabras de Hobsbawm, la desafección respecto a España provocó un sentimiento nacional que terminó cristalizando en una acción política que desembocó en la independencia.

Por su parte, Benedict Anderson escoge una noción, “comunidad imaginada” (3), dentro de su libro homónimo *Imagined Communities*, que resuena mejor con el título de este ensayo. Por un lado, las comunidades, comenta este autor, son imaginadas porque dentro de cada nación nunca se conoce a todos los miembros de dicha comunidad, y aun así sus miembros establecen una mentalidad comunal (6). Por otro lado, continúa Anderson, se conforma como comunidad, porque a fin de cuentas la nación siempre se concibe como una profunda camaradería. Esta fraternidad imaginada, al menos en los últimos dos siglos, hace que sus miembros sean capaces incluso de morir por dicha comunidad (7).

Estas definiciones preliminares que acabo de presentar van a ser el espacio simbólico desde el cual Rómulo Gallegos escribiría tiempo más tarde *Doña Bárbara*. Sin embargo, antes de llegar a ese discurso empírico positivista, tiene que afianzarse un discurso hegemónico, el cual siempre se articula alrededor de una élite política o cultural. ¿Cuál era la figura que se impuso en el país

con el paso del tiempo? La del criollo, quien tuvo que apropiarse, antes de llegar al poder, de un sentimiento nacionalista que se fundamentaba en el hecho de no ser ya españoles. Benedict Anderson explica el momento clave que produciría, con el paso de los años, la visión independentista dentro de las bases criollas: “Even in he was born within one week of his father’s migration, the accident of birth in the Americas consigned him [the creole] to subordination— even though in terms of language, religion, ancestry, or manners he was largely indistinguishable from the Spain-born Spaniard” (58). El número de criollos, con todo, fue aumentando, pues eran necesarios para el régimen español, y así hasta llegar a finales del siglo dieciocho, cuando una conciencia nacional criolla comenzó a hacerse visible (61).

Esta progresiva concienciación de subalterno respecto al nacido en España se transformó progresivamente en empoderamiento y orgullo de clase. No podemos olvidar, por lo tanto, cuales son las élites, esto es, a qué clase social pertenecen ni cuál es su base racial, pues juegan un papel fundamental en la construcción de *Doña Bárbara*, donde claramente unas razas son supeditadas a otras. Como ya sabemos, el mensaje de Rómulo Gallegos tiene una visión totalizante de la sociedad, donde el llano se percibe como una alegoría del contexto venezolano de su época y en la que el mestizaje se presenta como una superación progresista de los males endémicos del país. Desde este anclaje teórico, se puede retomar la pregunta que formulé anteriormente: ¿Se cumplió ese deseo *educativo* de regeneración política? Es aquí que vamos a dar un salto temporal, no sin antes pincelar el contexto histórico que siguió a la muerte de Juan Vicente Gómez en 1935.

El clamor popular por la democracia se vio finalmente recompensado en 1958, cuando las dos fuerzas políticas más importantes de Venezuela, Acción Democrática (AD) –del que proviene Rómulo Gallegos–, COPEI (demócrata-cristiano) y URD (Unión Republicana Democrática, se unieron en torno a un pacto, denominado en su momento como puntofijismo (Borjas 33).

Importa reseñar aquí que este pacto duró cuarenta años, el tiempo que estos partidos se sucedieron en el país hasta la llegada de Hugo Chávez al poder en 1998. Durante estas cuatro décadas, parecía que se había dejado atrás el modelo del Cesarismo democrático de Valenilla, pero reapareció a finales del siglo veinte cuando el poder militar tomó de nuevo el poder. Más adelante veremos si dicho Cesarismo es asimilable al del dictador Juan Vicente Gómez, o por el contrario, tenía un cariz político distinto. En cualquier caso, la coyuntura de este intercambio violento entre el poder militar y el poder civil manifiesta una inestabilidad latente que se nutre de la débil capacidad administrativa del país para contener una institución, la militar, que siempre vuelve para resolver deficiencias estructurales. Si nos atenemos a esta ida y vuelta de gobiernos civiles y militares, se puede observar que la metáfora entre civilización y barbarie podría seguir en pie con el paso de las décadas –siempre y cuando se aceptara que civilización está asociada al poder civil y la barbarie al militar, lo cual ya de por sí es problemático–, lo que nos llevaría a la vez a presumir que Rómulo Gallegos no habría errado en el diagnóstico acerca de su nación pero sí en pensar en el futuro con optimismo, según las últimas palabras del narrador en Doña Bárbara: “¡Llanura venezolana! [...] tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena, ama, sufre y espera! [...]” (Gallegos 345). Dicho sufrimiento sería el de las élites no militares que pretenden obtener el poder a través de la colaboración ciudadana.

Asimismo, esta espera y este sufrimiento, aunque aludan, supuestamente, a un futuro democrático para Venezuela, también es una espera que reconozca el mestizo como la raza única del futuro. Anteriormente, habíamos establecido una comparación entre Laureano Valenilla, el Cesarismo democrático y la ideología de la obra de Rómulo Gallegos. Dicha ideología del mestizaje funciona del mismo modo tanto en el sociólogo Valenilla como en Rómulo Gallegos, solo que el primero lo teoriza y el segundo establece dicha práctica a través de la escritura

narrativa, dentro de una ficción regionalista. En cuanto al segundo, a quien podríamos calificar de *letrado* –entendido como hombre de letras–, ha tenido tradicionalmente un papel fundamental de autoridad en el continente latinoamericano, al menos para un criollo como el escritor: “Just as in Spain, where the *letrados* formed a class that would eventually dislodge the aristocracy from positions of power, in the New World they eroded the power of the conquistadors” (Echevarría 48). Los criollos, como constructores de esa comunidad imaginada, de ese imaginario venezolano, se arrogan también la responsabilidad en política racial, y la publicación y canonización de *Doña Bárbara* dan fe de ello.

La última etapa de este análisis va a ser analizar la figura del gobernante Hugo Chávez y su gobierno populista, pero no en sí mismo, sino en relación con la tesis de la obra de Rómulo Gallegos dentro de la obra *Doña Bárbara*. En resumidas cuentas, el imaginario al que hemos venido aludiendo viene dado bajo un capital simbólico de un orden burgués, al que pertenece Rómulo Gallegos, si seguimos la doctrina neo-marxista que será usada desde 1998. Sin embargo, este capital no se ajusta muchas veces a la realidad venezolana, como evidencian los continuos cambios de poder entre las instituciones civiles y la militar. A su vez, *Doña Bárbara* no es capaz, por sí misma, de sostener a lo largo del tiempo un proyecto nacional que deja de lado a una parte de la población, la no mestiza, además de promover el arribismo social a partir de una práctica de blanqueamiento racial: “Skin color is a mark which, depending on the shade of café con leche (coffee with cream), hinders or facilitates social mobility, just as it opens or closes windows of opportunity” (Márquez 32). Esta afirmación va de la mano de la profusión de epítetos racistas dirigidos a Hugo Chávez después de que este último tomara el poder en Venezuela en 1998. Sin embargo, pensar que el racismo solo surgió con el gobierno de este militar resultaría ingenuo. Mientras las élites burguesas gobernaban y la economía funcionaba bien, el racismo no operaba

en los medios de comunicación, pero como comenta el profesor de ciencias políticas Jesús María Herrera Salas, ya en 1983, esta tendencia comenzó a cambiar:

The economic crisis [...] served to expose the existence of profound racism directed not only at Afro-Venezuelan and indigenous inhabitants of the country but also at the popular sectors in general, who are constantly berated by the upper and middle class opposed to the process of change as ‘vermin,’ ‘mixed-breeds,’ ‘Indians,’ ‘barefoot,’ and ‘rabble’ (72).

A través de estas y otras manifestaciones xenófobas que no vamos a mencionar, se estructura una agencia criolla –la cual tuvo el poder económico hasta finales del siglo veinte– que reproduce la unión matrimonial proyectada en *Doña Bárbara* en contra de aquellas capas sociales externas a ese maridaje. Cabría añadir, de todos modos, que no es simplemente un libro canónico como este el único causante del racismo; lejos de afirmar esto, mantenemos que es la ideología positivista, la cual Laureano Valenilla, Rómulo Gallegos y la élite en general, acogen como propia, que propone abiertamente el racismo.

Los grandes temas que han surgido en este análisis pueden ser englobados dentro de una conciencia de clase, basada asimismo en una determinada identidad. Juan Vicente Gómez y los partidos democráticos que le siguieron fundamentaron su política en un poder civil de cariz “hegemónico burgués” (Gramsci 32). Sin embargo, Hugo Chávez impulsó por primera vez en Venezuela una hegemonía popular considerada como socialismo del siglo veintiuno. Del mismo modo, su gobierno no puede desmarcarse del autoritarismo que representa el Cesarismo democrático de Laureano Valenzuela. Su golpe de Estado de 1992 fue celebrado como el aniversario de la Revolución Bolivariana desde su victoria en las urnas en 1998. Su forma de gobierno, pues, recuerda al sociólogo asalariado de Juan Vicente Gómez, pero modifica a los

caudillos que lo sucedieron, entre otros factores que no nos conciernen aquí, por la política socialista contraria al racismo que el mismo Chávez aplicó. El estudio de Herrera Salas aclara esta política que vengo presentando: “The social and racially inclusive policies of the Bolivarian revolution [...] caused a reaction by the upper and middle classes of today’s Venezuela as racist and as classist as those provoked among the ruling oligarchy [...] in the eighteenth century” (87). Por tanto, los criollos del siglo dieciocho, repuestos por las élites de comienzos del siglo veintiuno, no parecen haber variado en su consuetudinario racismo de clase.

En contraposición a esta ideología racista que en ningún momento dejó de existir en la región, se puede establecer de nuevo la comparación con *Doña Bárbara*. Se podría pensar que la barbarie, que, recordamos, era asimilada al subalterno indígena, indio y negro en la novela, fue marcada por Hugo Chávez como la identidad nacional venezolana, contraponiendo así el proyecto nacional de Rómulo Gallegos. El propio Hugo Chávez, indistintamente de su éxito como gobernante, también promovió una política cultural popular: “Chávez, in a way, sought to play both ends of the spectrum of power, performing the role of populist *caudillo* on television while also becoming a *letrado* when the context called for intellectual legitimacy” (Cobb 8). Desde esta perspectiva, fue conservador al aparecer como uno más en una larga línea de gobernantes autoritarios en la región, pero también subversivo al autoproclamarse letrado, pues era un beneficio tradicionalmente reservado para la población criolla, de la que él había sido excluido por su no conformación al mestizaje preferido por las élites burguesas.

Partiendo como lo he hecho de una obra de finales de los años veinte como *Doña Bárbara*, he tratado de entender la motivación de su rápido auge como libro de la nación venezolana por excelencia. Después, he retomado el proyecto nacional de Rómulo Gallegos y he puesto en duda su validez, tras lo cual he tratado de delimitar el concepto de nación y cómo este se ha usado en

favor de las élites criollas. Por último, he incidido brevemente en el contraste operativo actualmente entre la dicotomía civilización/barbarie propuesta en *Doña Bárbara* y su pérdida de rédito político como consecuencia del debilitamiento de los partidos tradicionales y del populismo chavista, cuyo gobierno, más allá de su viabilidad política, desenmascara a través de su mera presencia el racismo inherente en las capas altas de la sociedad venezolana.

A modo pues de conclusión, me gustaría retomar la figura de Simón Bolívar, quien, precisamente por la mitificación nacionalista con la que fue revestido por los gobernantes posteriores, pudo y puede ser usada políticamente tanto por el poder civil de los partidos democráticos como por el poder militar. La ficción simbólica que sustenta a Venezuela, como la de cualquier otra nación, está abierta a cambio. Pero la figura imaginaria, Simón Bolívar, parece inmutable desde sus comienzos. El panorama político de Venezuela, por lo tanto, se ve expuesto a un solo imaginario con una doble representación en una lucha dialéctica entre dos fuerzas, el pueblo –representado por los militares– y las élites –asociadas al poder civil. Se podría, pues plantear a Simón Bolívar como síntoma de una nación dividida. En buena medida, Tomás Straka reitera el diagnóstico de Rómulo Gallegos en 1929 sobre la dicotomía entre civilización y barbarie: “Doña Bárbara estará siempre de vuelta cuando la debilidad de las leyes y las instituciones se lo permitan” (93). Como se puede observar, el autor se considera defensor del liberalismo económico y, se puede también deducir, asocia al gobierno de Chávez, y al de Nicolás Maduro después, con la barbarie personificada en Doña Bárbara.

En cualquier caso, mi cometido en este ensayo no ha sido desmontar la dialéctica entre poder civil y militar sino la asignación de superioridad de unos u otros agentes políticos debido a su supuesta civilización dentro del imaginario colectivo, pues, como también comenta Tomás Straka, “para los inicios de los años del 2000, la *barbarie* era ya un término caduco, justamente

desprestigiado por su carga peyorativa y [...] *endorracista*” (93). De acuerdo con estas palabras, el constructo social de raza, clase y género, ya delineados en Rómulo Gallegos, ha impedido muchas veces la prosperidad de una nación con fuertes recursos naturales y humanos. Por lo tanto, concluyo diciendo que la contraposición entre barbarie y civilización, lejos de ayudar en la prosperidad de la nación venezolana, ha sido contraproducente por los silencios que la obra de Rómulo Gallegos contiene, y que reducen la narración a una ejemplificación de la ideología positivista que divide la nación en vez de aunar fuerzas en torno a ella.

Obras Citadas

- Anderson, Benedict R. O'G. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. New York: Verso, 2006. Print.
- Borjas, Beatriz. "Las relaciones entre el poder civil y el poder militar en Latinoamérica: el caso venezolano, 1958-1998." *Revista de Historia de América* 125 (1999): 21-43. Print.
- Bourdieu, Pierre, and Randal Johnson. *The Field of Cultural Production: Essays on Art and Literature*. New York: Columbia U P, 1993. Print.
- Castro Urioste, José. "Voz, letra e imágenes contradictorias en *Doña Bárbara*." *Estudios: Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* 5.10 (1997): 129-45. Print.
- Cobb, Russell. "The President in His Labyrinth: Literature and the Construction of the Chávez Mythology." *Delaware Review of Latin American Studies* 15.1 (2014): 25-37. Print.
- Gallegos, Rómulo. *Doña Bárbara: novela*. Barcelona: Araluce, 1931. Print.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Duke U P, 1998. Print.
- Gramsci, Antonio, Quintin Hoare, and Geoffrey Nowell-Smith. *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. New York: International Publishers, 1971. Print.
- Hobsbawm, E. J. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. New York; Cambridge: Cambridge U, 1990. Print.
- Lavou Zoungbo, Victorien. "Discurso burgués y legitimación machista en *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 22.43-44 (1996): 211-25. Print.

- Márquez Restrepo, Martha Lucía. "La reconstrucción de la nación y la lucha por la memoria histórica en Venezuela." *Diálogos de saberes: investigaciones y ciencias sociales* 36 (2012): 127-37. Print.
- Oliveira, Emanuelle K. F. "La República y las letras: literatura y carácter nacional en Brasil y Venezuela." *Mester* 24.2 (1995): 81-114. Print.
- RoseGreen-Williams, Claudette. "Rómulo Gallego's *Doña Bárbara*: Toward a Radical Rereading." *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures* 47.4 (1993): 279-96. Print.
- Salas, Jesús María Herrera. "Ethnicity and Revolution: The Political Economy of Racism in Venezuela." *Latin American Perspectives* 32.2 (2005): 72-91. Print.
- Skurski, Julie. "The Ambiguities of Authenticity in Latin America: *Doña Bárbara* and the Construction of National Identity." *Poetics Today* 15.4 (1994): 605-42. Print.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Vol. 8. Berkeley: U of California, 1991. Print.
- Straka, Tomás. "Breve ensayo sobre la barbarie: a los ochenta años de *Doña Bárbara*." *Debates IESA* 14.3 (2009): 90-3. Print.
- Yarrington, Doug. "Populist Anxiety: Race and Social Change in the Thought of Romulo Gallegos." *Americas* 56.1 (1999): 65-90. Print.